





COLECCIÓN HISPANIOLA, 38

SIEMPRE ES POSIBLE ENGAÑAR A DIOS

© De los textos, Felipe Díaz Pardo

© Confluencias, 2022

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125334-4-6

Depósito legal: AL 1527-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FELIPE  
DÍAZ PARDO

---

S I E M P R E  
E S P O S I B L E  
E N G A Ñ A R  
A D I O S

---

RELATOS



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



## ÍNDICE

### FANTASÍAS

Siempre es posible engañar a Dios	13
Una vida ejemplar	39
El túnel de los afectos	75
Hoy no es un día cualquiera	89

### ASOMBROS

El imperio de la ruina	103
Nuevas estrategias	119
Escenas laborales	135
Mujer con carácter	151
Solución a una injusticia	163
Consecuencias del engaño	173

## REALIDADES

Adiós a la infancia o los inicios del amor	187
Defensores de la miseria	205
Un encuentro casual	225
Culpa del maquillaje	237
El final de los héroes románticos	243
El filósofo benefactor	251

EPÍLOGO	271
---------	-----



*Tiene que haber algo dinámico en la literatura. No sirve de nada simplemente escribir sobre un paseo por el bosque. Tiene que haber contradicciones en un tema. Si vas a crear un cuento que tenga emoción a algún nivel, no sirve contar una historia de color rosa.*

Kjell Askildsen



# FANTASÍAS



## SIEMPRE ES POSIBLE ENGAÑAR A DIOS

**E**n ocasiones, los milagros pueden hacer posible que se vuelva a creer en Dios. Es cierto que estaba pasando una mala racha y que tal situación me había hecho renegar del Creador, ser insensible donde los haya, pensaba yo, que no atiende a su rebaño como es debido cuando lo necesita. No obstante, dicho sentimiento se mitigaba e intensificaba, al mismo tiempo, y paradójicamente, cuando seguía insistiendo en el victimismo y reconocía que ya fueran todos los males como el mío, teniendo en cuenta las catástrofes que se producen diariamente en el mundo, léase guerras, ataques terroristas, hambrunas, derrumbamiento de edificios, accidentes aéreos y ferroviarios, terremotos, huracanes y demás cataclismos imaginables. ¿Quién era yo para quejarme después de tanto desastre? Y, además, ¿no era motivo más que suficiente, tras lo dicho, para seguir insistiendo en la idea de que la voluntad divina no es tal, si no atiende a tanta desgracia? Pero este posible convencimiento empezó a cambiar tras lo que me sucedió.

La tarde de autos, tuve que salir con premura y sin dilación en busca del establecimiento que me surtiera de unas gafas de cerca para poder cumplir con los compromisos adquiridos y así lograr subsistir tras mi drama personal. La miseria psicológica y material en que me hallaba, convertido en un triste funcionario de la enseñanza tras una separación ruinosa, después de años de matrimonio con una mujer insensible que se había empeñado en dejarme con lo puesto, me obligaba, primero, a mendigar alguna otra ocupación complementaria entre los conocidos y, luego, a aceptar cualquier propuesta que me permitiera seguir adelante.

Esta vez había conseguido dar con un colega más hábil que yo, al pensar hacía ya unos cuantos años, en la riqueza que produce la sutil mezcla formada por la ignorancia y las ganas de prosperar del género humano. Guiado por esa clarividencia montó una academia de oposiciones. Mis súplicas y la insistencia durante los últimos tiempos dieron su fruto y, al fin, tuvo a bien llamarme para ofrecerme unas migajas de su negocio. Días antes me sonó el móvil y esa misma tarde acudí al reclamo. Sentado en el cuarto interior de una vivienda centenaria del centro de Madrid, que a esa hora de la tarde quedaba libre de entre todas las dependencias de aquel templo de las ilusiones de cualquier opositor, mi querido compañero me ofreció la posibilidad de redactar varios temas de cultura general para una convocatoria con la que el ayuntamiento quería cubrir unas plazas de barrenderos, auxiliares de control y algún que otro oficio menor dentro del consistorio. La premura venía motivada por la inminencia

de la publicación de dicha convocatoria y era necesario tener el material que la academia podía ofrecer a los aspirantes cuanto antes. La única condición que me imponía, aparte de la económica, que no estaba en condiciones de discutir, era la urgencia en el tiempo por lo antes dicho, pues en estos casos, para enganchar al cliente, como decía mi amigo, la habilidad y la celeridad es lo importante. Apenas tuve tiempo, ni tampoco posibilidad, de nuevo, de plantearme la viabilidad de discutir sobre el proyecto, teniendo en cuenta que, gracias a mi labor mendicante de los últimos tiempos, me encontraba también inmerso en ese momento en la revisión de varios textos, tarea facilitada por una editorial de poca monta, que algún dinero me estaba dando, y acepté sin mayor resistencia.

Por eso, aquella tarde, y antes de que los comercios cerraran, me lancé a la calle a la búsqueda de unas lentes con las que poder vislumbrar, con la mayor claridad posible, los caracteres del ordenador, que se amontonaban delante de mí, para poder seguir con la tarea.

Crucé el primer semáforo con el que siempre me encuentro al salir de casa y me topé, como siempre también, con la fachada de una de las sucursales bancarias que controlan la economía doméstica de gran parte de los habitantes del barrio. Esta situación normal en un trayecto que suelo hacer infinidad de veces se convirtió en algo providencial, imprevisto y hasta sospechoso, pues dudé de si no se trataba de una broma de mal gusto cuando mi vista, de manera inconsciente y casual, se cruzó con el punto de la pared en donde se encontraba el cajero automático de aquella

entidad. De su ranura, como si de unos labios seductores y susurrantes se tratara, colgaban dos billetes de veinte euros que parecían destinados para mí, cual lengua seductora, incitadora al vicio, a la vista de que los transeúntes pasaban por mi lado, ajenos al ofrecimiento. Temeroso ante la extrañeza del suceso, pude reaccionar, no obstante, con el tiempo justo y la presteza, para hacerme con aquel regalo sin ser visto por nadie. Atrapé, pues, los dos billetes y seguí mi camino a toda prisa.

Un golpe de suerte, pensé, mientras me iba, lleno de gozo y contento, en veloz carrera hacia una de esas tiendas de caprichos innecesarios e inservibles que se han puesto de moda y que ofrecen, entre las pocas cosas útiles que venden, y por pocos euros, el objeto para la vista que necesitaba.

Pasaron los días, durante los cuales me olvidé de la suerte de aquel sábado y volvieron mis penurias que, por otra parte, siempre se mantenían de manera más o menos latente. Dedicaba los días, una vez que dejaba las clases en el instituto, amén de trabajar en mis ocupaciones de pluriempleado, a cobrar las limosnas que estos me proporcionaban y que perseguía hasta el agotamiento para hacer frente a la pensión alimentaria de mis hijos, al alquiler del pequeño y mísero apartamento alejado del centro y a cualquier contingencia que iba surgiendo, como consecuencia de la necesidad de atajar las situaciones económicas extremas también, que se me presentaban debido a la existencia de una madre ya anciana que solo me tenía a mí en el mundo.



Tal era el estado personal en que me encontraba una de las mañanas de domingo en que, para solaz y esparcimiento y, sobre todo, para mitigar, en parte la soledad, me dediqué a pasear en solitario por las avenidas todavía a medio hacer en donde el horizonte se deslizaba entre descampados sin fin, que adornaban la soledad del barrio. Aquellos paseos, a la vez que me sumían en la desolación más absoluta, me servían para sentirme también dueño del mundo. Me imaginaba, vagando por aquel desierto de cemento, el propietario de todo aquel territorio en el que, por aquellas horas y en los días festivos, parecía deshabitado, ofrecido en toda su extensión para alguien como yo.

Y aquella sensación de dominio y secreto poder se instaló definitivamente dentro de mí cuando sucedió otra vez lo inevitable, lo que estaba destinada solo a mi persona. Esta vez no me topé con la sorpresa de manera inesperada, sino que, desde la lejanía que aportaba la soledad de mi paseo, pude ver con claridad el nuevo ofrecimiento que la divinidad me hacía. Desde lejos, pude percatarme de la existencia de una nueva oficina bancaria, en la que nunca había reparado, adornada con los rótulos y reclamos propios de la entidad que, vislumbrados a lo lejos, se convertían en una auténtica realidad, a medida que me acercaba.

De nuevo, unos billetes se burlaban de mí sacándome otra vez la lengua desde el cajero situado en una de las fachadas del establecimiento. Evidentemente, no dejé pasar tampoco la oportunidad, esta vez con más conocimiento de causa, habilidad y menos recato que en la anterior ocasión, y enseguida me hice con

el botín —ahora algo más generoso— sin miedo a que nadie pudiera delatarme. Fue desde ese preciso instante, cuando hube de reconocer que mi suerte en el mundo habría de cambiar para siempre, por mucho que me extrañase y por mucho que no encontrase explicación alguna a la situación. Los designios divinos sueles ser siempre así, me dije, pensando en célebres escenas bíblicas, véase el paso del mar Rojo, las imágenes proféticas o los milagros de Jesucristo, y habría de aceptarlos con la humildad propia de los elegidos.

La dádiva generosa que, en principio, parecía providencial y puntual para casos de extrema necesidad, dirigida desde las alturas a los más necesitados, como era en ese momento yo, se convirtió en el inicio de una costumbre que supe descifrar y mantener en secreto. En efecto, cuando, acostumbrado a esos paseos tempraneros, descubrí el fenómeno, no sé si paranormal o milagroso —llamémoslo como queramos—, que se producía ante mí cada vez que me acercaba al cajero de aquella solitaria avenida, no dudé en faltar una sola mañana de domingo, después de comprobar que el extraño suceso solo se producía ese día y durante ese lapsus de tiempo. Cada una de esas jornadas recibía con estricta rigurosidad un generoso sobresueldo que, si al principio servía de complemento y alivio a mi precaria situación económica, poco a poco me permitió hacerme con una buena cantidad de dinero con la que ir formando un pequeño capital.

Este maná anónimo, que no cesaba de socorrerme y proveerme de una riqueza que, lentamente, pero con constancia, se iba acumulando, hizo con el tiempo, como digo, que me olvidara de mis estrecheces económicas. Primero, con la modestia y humildad de los necesitados, fui restañando las heridas que en mi pobre patrimonio se habían ido produciendo, tras años de penuria. Después, al quedar satisfechas estas carencias, mi mente comenzó a pensar en empresas de mayor calado y envergadura, pero, de momento, dentro de los límites de lo razonable y prudente para una persona de mi rango social. Es decir, me compré un coqueto apartamento en una de las promociones de viviendas que se iban levantando en aquel barrio del extrarradio en el que últimamente vivía, y adquirí también un modesto, pero más o menos aparente, utilitario con el que desplazarme sin los agobios e incomodidades a que obliga el transporte público y que me permitía cierta libertad de movimientos.

Pero llegó luego lo inevitable. Satisfechas todas las privaciones del hombre mediocre, llegaron los caprichos. También la holgura económica me granjeó nuevas amistades, sin duda motivadas por mi mayor capacidad de relaciones sociales, en tanto que podía hacer frente a determinados dispendios, como el de disfrutar de buenas comidas en restaurantes de pos-tín, asistir a exquisitos acontecimientos culturales, disfrutar de periodos vacacionales en lugares paradisíacos, así como participar en algún próspero negocio que, si bien prometía aumentar mi patrimonio nacional, normalmente terminaba en la ruina, sin que ello supusiera una merma excesiva en mi fortuna.

Fue esta una época en la que me olvidé de mis anteriores apreturas, como se puede deducir, así que también rechacé los trabajos que, en otro tiempo, fui mendigando y suplicando a amigos que, con cierta compasión, me ayudaron. El punto culminante de esta escalada de renegación de mi vida pasada llegó en el instante en que solicité una excedencia en mi empleo como profesor de instituto, que tan pocas alegrías me estaba dando últimamente.

En definitiva, me dedicaba entonces a practicar una vida de señorito andaluz, trasnochando cuando podía, alargando las mañanas en mesas de cafetines o terrazas al aire libre mientras leía el periódico y obras atrasadas y buscando siempre amigos con los que pasar las tardes y las noches entre espectáculos, cenas y copas en finos establecimientos de las mejores zonas de la ciudad.

Aquellos meses pasaron sin apenas darme cuenta, al tiempo que yo acudía cada mañana de domingo al cajero donde recibía la suculenta paga periódica, como el adolescente que recibe de sus padres cada fin de semana, con avidez, la cantidad de dinero necesaria para satisfacer los caprichos que le permiten su edad.

No obstante, con el tiempo empecé a notar que aquel flujo monetario comenzaba a reducirse como las aguas de los ríos que bajan menguadas en las épocas estivales. Las primeras veces que aquello ocurrió no le di demasiada importancia, teniendo en cuenta el espléndido discurrir pecuniario de todas las anteriores ocasiones. Era tal el dinero acumulado que apenas me molestaba en contar los billetes que iba amontonando

en un lugar discreto de casa. Sin embargo, pasado ese primero momento, en que el control de los ingresos no era mi preocupación esencial, empecé a sentir cierta extrañeza que se transformó en angustia, al escasear los billetes que salían por la ranura del cajero, cual gota perezosa que deja caer el grifo cuando este se corta.

El momento definitivo y trágico de esta sospecha se produjo la mañana en que, temeroso, me acerqué a la entidad bancaria y aquella máquina hizo caso omiso de mi presencia y de mis órdenes al introducir claves secretas que solo yo conocía y, como quien hace mutis por el foro, no dio muestra alguna de la ofrenda con que me venía obsequiando desde hacía ya un tiempo.

Destrozado, como es lógico, anímicamente por el mazazo que tal evidencia suponía en mi estima personal, me fui a casa abatido, dejándome llevar por unos pies que, por sí solos, dirigían mis pasos mientras mi mente no hacía otra cosa que reproducir todos los instantes de penuria económica que había sufrido a lo largo de la vida.

Fueron días de angustia a la espera del próximo domingo en que, de nuevo, y como el hijo adolescente antes referido que pone buena cara ante sus padres, acudí silencioso y timorato ante el cajero que, con gesto adusto y despreciativo, mantenía su silencio, sin soltar un solo billete, a modo de castigo por haberme portado mal.

A esa conclusión llegué, dándole muchas vueltas a lo que estaba pasando: que algún castigo divino era lo que en ese momento estaba sufriendo. Mientras, pensaba también en la manera de sobrevivir con los

escasos ahorros que me quedaban ya. El tiempo iba pasando y el remanente de mi capital iba menguando al tiempo que mi desesperación también aumentaba.

Tal vez mi formación humanística, fundamentalmente relacionada con el mundo de la filosofía y las letras y, sobre todo, mi educación basada en una concepción judeocristiana de la vida, según la cual siempre hay que buscar culpables para todo, me consolaron y me ayudaron a buscar una solución. Los filósofos, por una parte, hicieron que adoptara una actitud estoica ante la situación, tras mi anterior etapa de hedonismo y disfrute, motivadas quizá por un enfoque epicúreo de la existencia; y la religión, por otra, me obligó a reconocer mi culpa ante las consecuencias que mi vida de dispendio había provocado. Dios había querido ayudar, con su magnanimidad y alto sentido de la compasión, a una de sus criaturas y ahora, guiado por su concepto de la justicia y ecuanimidad, era necesario hacerle escarmentar para su redención.

La zozobra me transportaba, intermitentemente, unas veces a estados de postración y abatimiento, y otras a momentos de desesperada actividad mental en busca de soluciones ante la debacle que se me venía encima. Fue en uno de esos estados de exaltación, en que mi mente recorría todos los vericuetos posibles, por los que encontrar la idea maravillosa que me sacara de apuros, cuando creí dar con la solución.

Durante los últimos años había sentido sincera conmiseración por los desheredados de este mundo, en concreto, por esos muchachos del África subsahariana que, apostados en las puertas de los supermercados,

con semblante resignado e incitador a la lástima, pasaban las horas esperando alguna moneda con que subsistir de aquellos compradores que, al salir del establecimiento, son movidos por la lástima. Siempre pensé que alguna organización habría detrás de tan reprochable estampa, viendo el orden y la buena disposición con que tal tarea se desarrollaba por aquellas desamparadas personas.

No obstante, a mí tal suposición me daba igual. Durante años de apuros, y guiado por la solidaridad de los desheredados, cada día que salía con mi compra semanal destinaba algún euro para depositarlo en la ingenua y indefensa palma de la mano del que ese día le tocaba pedir limosna. Tal fue mi conexión fraternal con alguno de esos muchachos que, alguna vez que me encontré con alguno de ellos por algún otro lugar, apartado de la zona del supermercado, me saludó con sincera afectuosidad y evidentes muestras de alegría por verme, como si yo fuera su ángel salvador o algo parecido. Tales lazos de unión tenían su contrapartida negativa, que se producía cuando en la próxima visita a la tienda me encontraba con un nuevo representante de la miseria y el anterior mendicante desaparecía de mi vida para siempre, con el consiguiente malestar momentáneo por mi parte.

En esta relación con los seres más necesitados fue cuando me dio por pensar en una posible salvación, dado mi convencimiento de que mi vida disipada de los últimos tiempos había sido la causa de la ira divina caída sobre mí. A esto contribuyó también mi formación cultural, como he dicho, siempre desarrollada

dentro del ámbito humanístico, literario y cristiano, por razones esto último de mi ubicación en este mundo.

Había observado que, en algunas ocasiones, pero muy escasas, cada vez menos y a modo de señuelo, pensaba yo, algunos de estos chicos ofrecían una tosca publicación de contenidos cercanos a lo panfletario, con el fin o excusa de que los viandantes la compraran o, al menos, sirviera para llamar la atención y conseguir así alguna moneda.

Este detalle me sirvió, dada mi desesperación, para buscar por ahí la reconciliación con el más allá, sin saber si ese más allá existe y, en ese caso, dónde se encuentra. Empecé a darle vueltas a la idea hasta que surgió *PBP*, siglas concisas y, a mi entender, impactantes, para la cabecera de una revista cuyo título completo sería el de *Pobres bajo el puente*, como tributo al viejo concepto según el cual la miseria solo encuentra vivienda bajo los pasos elevados, ya sean de madera, piedra, metal o cualquier otro material resistente con que la humanidad sorte los ríos, las fracturas escarpadas de los montes o cualquier otro desequilibrio o desnivel que el manto terrestre propone y donde el desheredado encuentra acomodo cuando los albergues municipales cubren sus vacantes. De tal pensamiento daba cuenta el subtítulo que decía:

La gaceta que proporciona cobijo y esperanza.

Era evidente que, si la idea había surgido de aquel folleto descolorido e impreso en un papel áspero y gris, mi intención era crear un producto que permitiera dar con una iniciativa que sacara a aquella gente



de la miseria y, de paso, reconciliarme con quien tanto había hecho por mí, fuera quien fuere, y que ahora me había abandonado, sintiéndome como el principal destinatario de aquellos versos de fray Luis de León, quien dirigiéndose a Dios exclamaba:

¡Ay!, nube envidiosa. ¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejás!

La publicación constaba, al principio de su existencia, de apenas una docena de páginas, impresas y maquetadas con los pocos medios que, en su momento, me proporcionó uno de los programas de edición que conocía de mi trabajo como docente, con el que conseguí sacar a la luz el primer número. Ante la normal aceptación de la idea y como fiel reflejo del origen de la iniciativa, después de varias semanas en la calle, la gacetilla aún mantenía la pobre apariencia del principio, con lo que se hacían patentes los limitados recursos de aquellos para quienes iban destinados los beneficios de su venta, es decir, para los inmigrantes subsaharianos a los que me refería antes. Dichas ganancias, si bien eran producto más bien de la caridad hacia el prójimo que del verdadero interés por su contenido, daban cuenta también del interés, más bien escaso, de aquellas hojas por los posibles receptores para transmitir el mensaje que me había propuesto. Aun así, pasando las hojas me veía satisfecho al comprobar cómo allí se plasmaban mis reflexiones a través de las muy variadas y diversas secciones que había ideado, las cuales yo mismo redactaba u organizaba para cada número, gracias a la maravillosa técnica del cortapega y de la existencia de internet, entre otras fuentes utilizadas.